

HELIODORO CARPINTERO

GABRIEL MIRO
EN EL
RECUERDO
(con un epistolario inédito de Miró)

Prólogo de JULIAN MARIAS



UNIVERSIDAD DE ALICANTE
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE ALICANTE

INDICE

	<u>Página</u>
«Prólogo a una biografía sosegada», por JULIAN MARIAS	7

Primera época: ALICANTE (1879-1914)

I.— Ha nacido un niño	15
II.— Años de infancia y de niñez	19
III.— A nueve leguas y media	25
IV.— De nuevo, en su casa	33
V.— Nuevas leguas: Ciudad Real	41
VI.— Benalúa	47
VII.— Años de adolescencia	53
VIII.— 1900	65
IX.— El escritor (Aprendizaje y heroísmo)	71
X.— «Sigüenza»	83
XI.— Sigüenza y «Del Vivir»	91
XII.— El día de mañana	99
XIII.— A la altura del tiempo	109
XIV.— «Nómada»	119
XV.— Miró y Salvador Rueda	131
XVI.— De «Antón Hernando» a «Niño y Grande»	139
XVII.— «Las cerezas del cementerio»	149

XVIII. — «El Abuelo del Rey». Miró en su «Huerto Pro- vinciano»	159
XIX. — Balance íntimo	171

Segunda época: BARCELONA
(1914-1920)

XX. — Barcelona	185
XXI. — La aventura de la Enciclopedia Sagrada	197
XXII. — «No estoy desalentado». Las Figuras de la Pasión	205
XXIII. — «El Humo Dormido» (Sensación y Recuerdo)	223
XXIV. — 1919: puente entre dos épocas. «El Angel, el Molino...»	231

Tercera época: MADRID
(1920-1930)

XXV. — Madrid, en 1920	243
XXVI. — «Nuestro Padre San Daniel»	253
XXVII. — «¿Cómo amábamos a Gabriel Miró!»	275
XXVIII. — 1923: «La Nación» de Buenos Aires	287
XXIX. — La gran aventura de «Años y Leguas»	305
XXX. — El premio «Mariano de Cavia»	323
XXXI. — Inicia sus Obras Completas. El Obispo leproso	331
XXXII. — El momento de Miró	337
XXXIII. — Sombras de un afán: poseer tierra	347
XXXIV. — Miró cumple los cincuenta años	355
XXXV. — ¡Señor, llévame!	361
Epílogo documental	375

PROLOGO

A UNA BIOGRAFIA SOSEGADA

Ha escrito Heliodoro Carpintero una biografía de su amigo y —en un sentido delicadamente personal— maestro Gabriel Miró. Lo primero que hay que decir es que se ha tomado su tiempo. Largo tiempo para escribirla, para evocar cada etapa de la vida de Gabriel Miró, para documentarla, para paladearla, interpretarla, decantarla y reducirla a expresión pública. Pero la consecuencia inesperada es que ese tiempo se desliza en el libro mismo de Carpintero, viene a constituir su propia sustancia. Escrito en tan largo tiempo, está hecho de tiempo, lo encierra y aprisiona en sus páginas.

Pero como se trata de una biografía, esto afecta de manera decisiva a su contenido. Una biografía es el intento de asistir a una vida ajena; como esto, en rigor, es imposible, todas las biografías son en alguna medida frustradas; pero se acercan a su finalidad inasequible aquellas que cumplen una de estas dos condiciones —o las dos juntas, si por ventura es posible—: imaginar al personaje biografiado, convertirlo en ficción, construir, apoyada en datos ciertos, una figura imaginaria que pudiera haber hecho eso que el biografiado hizo, a quien le hubiera podido pasar lo que efectivamente le pasó; la otra condición es seguir su tiempo tan de cerca y con tal fidelidad, que pase a las páginas del libro la fluencia de la vida que se pretende apresar, con sus aceleraciones, sus remansos, sus rellanos, sus zonas aparentemente vacías, sus ocasionales torbellinos.

Heliodoro Carpintero nació cuando Gabriel Miró tenía veintinueve años. Con Miró comienza la generación que sigue a la del 98, es decir, la de 1886 como fecha natal, y que va del propio Miró y Eduardo Marquina, nacidos en 1879, a Jorge

Guillén, nacido en enero de 1893, aunque éste forme «constelación» con los poetas de la generación siguiente, la de 1901 —llamada «del 27»—, es decir, la de Heliodoro Carpintero. El biógrafo miró al biografiado a cierta distancia temporal: cuando el primero era un muchacho, el segundo era un hombre entrado en la madurez; pero solamente los separaba una generación histórica, sus mundos eran relativamente próximos.

Carpintero sintió por Miró admiración, respeto, profunda estimación personal; entró en su intimidad, en su círculo familiar, entrevió al menos sus dificultades, apuros, desengaños, esperanzas, ilusiones. A diferencia de la mayoría de las biografías, que son de hombres o mujeres a quienes el autor no ha conocido, que tiene que imaginar, ésta de Gabriel Miró se funda en un conocimiento próximo, de primera mano, tupido.

Pero sería un error creer que por ello el autor estaba exento de la tarea de imaginar a su biografiado. En primer lugar, porque la vida humana no es accesible más que a la imaginación. Puedo percibir, ciertamente, el cuerpo de una persona viva y presente, pero a esa persona no puedo alcanzarla más que imaginándola, representándome su trayectoria temporal, sus recuerdos, sus proyectos. Pero hay otra razón más concreta que ha obligado a Carpintero a imaginar a Miró.

Como es sabido, Gabriel Miró murió apenas cumplido el medio siglo, en 1930. La convivencia entre los dos se cortó hace largo tiempo. Cuando Carpintero ha ido componiendo este libro, Miró no estaba ya presente; ni el mundo en que había vivido era ya actual. Ha tenido que evocar la figura de su amigo, recordarlo, imaginarlo, construirlo, añadir a los restos de su trato las interminables conversaciones sobre él, las cartas y documentos, la lectura y relectura de sus obras, vistas a la luz de aquellos ya antiguos recuerdos personales.

No se trata de un retrato, de una semblanza, ni tampoco de una biografía documental. Hay de todo ello en el libro de Carpintero, pero el libro mismo es otra cosa, que va más allá de sus ingredientes y que lo convierte en algo que nos sorprende: el libro entero es un fragmento decisivo de la biografía de Heliodoro Carpintero.

He dicho que es un libro escrito despaciosamente. Esto es esencial. Es el libro del sosiego —lo que más falta en nuestro tiempo—. Y ese sosiego se convierte en la condición misma

del libro como escrito, casi como género literario. Me parece necesario tener esto presente para adentrarse en esta biografía de Gabriel Miró. Es esencial que la expectativa sea adecuada, si queremos comprender y gozar algo. Cuando entramos en el cine y esperamos ver un drama, si la película es cómica no nos hace gracia, porque no llevábamos la expectativa de ella, nuestra alma no estaba dispuesta a recibirla. A cada autor hay que leerlo —si se quiere entenderlo y apreciarlo— a su velocidad propia.

Pues bien, así como a Baroja conviene leerlo de prisa —la aceleración potencia sus virtudes y hace que se pasen por alto sus defectos, hace inteligibles las vidas de sus personajes y da valor literario al disparate en que suelen consistir—, a Gabriel Miró hay que leerlo muy despacio, con extremado sosiego, recreándolo y recreándose. Tal vez ésta sea la causa principal —hay otras— del relativo olvido en que ha caído en los últimos tiempos (durante muchos años, cuando se decía «Miró» se entendía nuestro autor; ahora, cuando se pronuncia o se escribe esta palabra, se piensa en el pintor Joan Miró, y hay que añadir «Gabriel» si se piensa en el novelista).

En este sentido, el libro de Carpintero se ajusta admirablemente a la condición de su tema. Creo que esta biografía puede hacer recobrar la sensibilidad para los despaciosos, calmosos, suculentos libros de Miró. Puede contribuir a que las generaciones más jóvenes recobren la sensibilidad para gozar de uno de los más extraordinarios escritores de nuestro siglo.

Y hay un rasgo más en el libro de Carpintero, que es imposible pasar por alto. Mi madre solía decir algo que no sé si es el muñón de una copla andaluza o uno de los «decires» de que tanto gustaba Antonio Machado:

Quien quiere a la col
quiere a las hojitas
de alrededor.

Este podría ser el lema del Gabriel Miró de Heliodoro Carpintero. Es, si se quiere emplear ese concepto, un libro prodigiosamente circunstancial. Por arriba y por abajo, desde antes de su nacimiento hasta mucho después de su muerte, van apareciendo en este libro, con singular inmediatez, los conceptos de la vida de Miró. Todos. Por supuesto, los estrictamente personales, con una insistencia en la familia que hoy puede sorprendernos, pero que es propia de dos hombres tan